



**SOBRE ALGUNOS ASPECTOS
FILOSOFICO - CIENTIFICOS
DE ORIENTE Y OCCIDENTE.
SU OPOSICION Y ALTERNATIVA
A TRAVES DE LA MEDICINA**

JOANA M. PETRUS BEY

Tal vez no se manifieste en ningún otro rasgo, como lo hace en el de la forma de vida, la contraposición existente entre el Mundo Oriental y el Occidental. Si esta oposición fuera reducible significativamente a dos palabras, qué duda cabe que éstas serían: "sintético" y "analítico".

Sin embargo, constituiría una solución poco satisfactoria oponer conceptos lingüísticos para dar cuenta de procesos que enfrentan no sólo dos modelos de sociedad, sino también dos culturas históricamente configuradas. Tal es así, que es precisamente ese carácter en sustancia distinto el que justifica el uso de estos y otros pares de adjetivos, a veces demasiado maniqueos, que, como norma y no sin intención, han servido para perfilar imágenes dudosamente exactas de la realidad.

Es por ello que si los términos aludidos pretenden ser algo más que simples ficciones, hemos de poder seguirlos necesariamente hasta sus orígenes y, a la vez, demostrar que la oposición descansa en algo más que en convenciones y desvaríos intelectuales. No obstante, ahora, antes de proseguir, conviene recalcar que no es nuestra intención hacer un estudio exhaustivo y pormenorizado de las distintas esferas que componen la cultura de medio mundo, explicando sus bases y valorando sus principios, a fin de contraponerlas a las del otro medio. Por más que ésto resultara interesante, se trata aquí de entresacar, respetando el contexto, aquellos aspectos que, habida cuenta del tema que nos ocupa, nos son poco menos que imprescindibles para argumentar con cierta licitud lo que de otro modo no sería más que infructuosa especulación.

Imagino sumamente evidente el hecho de que los aspectos a que es preciso referirse en este caso son, en la esfera del pensamiento, las concepciones filosóficas acerca del hombre y su relación con la Naturaleza; en el aspecto epistemológico, los problemas de la interpretación del mundo y del conocimiento de la realidad inmediata; y en el terreno metodológico, los criterios considerados como válidos para la construcción de un marco referencial que legitime la acción.

Por lo que respecta a Occidente, nuestro pensamiento actual reverencia aún las conquistas de los multiformes sistemas filosóficos que, por primera vez y de forma admirable, hallaron en la antigua Grecia su punto de partida. El "legado" principal es, al parecer, el hecho de haber desarrollado el pensamiento humano como instrumento suficiente y necesario capaz de aprehender, en el ejercicio de las funciones críticas y racionales que le son propias, la vasta realidad de la que, hasta el momento, sólo habían dado cuenta el mito y la religión.

La deslumbradora imagen, que quisieramos presuponer desinteresada, con que suelen presentarse tanto las construcciones filosóficas de **Platón** como las de **Aristóteles**, se convertirán, por espacio de muchos siglos, en los esquemas llamados a orientar y regir el pensamiento del hombre occidental. Pero el auténtico valor de la Filosofía griega no puede confundirse con algunas de sus soluciones; se olvida frecuentemente el decisivo papel que jugaron los pensadores llamados "Presocráticos" en esa común tarea de someter todo el conocimiento de la realidad al concepto fundamental de "logos".

Estos filósofos jonios indagaban acerca del *qué*, el *cómo*, y el *por qué* de todo cuanto les rodeaba. El marco de esta filosofía de la Naturaleza aseguraba la explicación de toda la realidad, captando, además, la intrarrealidad que la penetraba y sobre la que subyacía. No obstante, por más que la Naturaleza fuera *percibida* como un "todo" coherente y "armonioso" del que el hombre formaba parte, es mérito de **Heráclito** el haber dado respuesta a las mismas preguntas que se planteaban los jonios pero, precisamente, no guiado por la *percepción* sino por el "pensamiento", única vía por la cuál el hombre participa de esa Naturaleza racional siendo capaz de aprehender el *algo* Universal y divino que la preside, olvidando para siempre las meras opiniones especulativas, para decirlo como **Heráclito**, olvidando "la vía de la doxa".

La existencia de una Naturaleza común a todos los seres, regida por una Ley Universal que daba cuenta de la multiplicidad, el movimiento y el cambio, permitía al hombre explicar la realidad tal y como se le aparecía, porque la apariencia no era una mera presencia *estática*, sino *fluir continuo* donde se evidenciaba el carácter del Ser.

Sin embargo, esta visión de la Naturaleza como un "todo" armónico en el que Ser y Verdad quedan identificados, esa certeza inequívoca que disfruta quien escoje como forma de conocimiento la vía del Ser, va a ser sustancialmente alterada en el siglo V a.C. Las nuevas formas de gobierno surgidas en el marco de las polis griegas, trajeron consigo inevitablemente una preocupación por las Instituciones, las leyes y las normas. De ella surgió la idea de "convención" y la evidencia de que la vida no se veía sólo afectada por las Leyes de la Naturaleza, sino además por las Leyes Humanas que, como tales, obedecían a la común voluntad y al acuerdo entre los hombres.

El hecho de que las convenciones confieran a las cosas propiedades y relaciones de las que carecen *por naturaleza*, sumió los conceptos de "Verdad" y "Ser" en el escepticismo

y la relatividad. Con la intención de rescatar al Ser de las arbitrariedades de la apariencia sensible y de devolver a la Verdad su auténtica dimensión, surge —en sentido amplio— el “racionalismo”, pensamiento que elaborará una filosofía *estática* de la existencia, situando unas ideas inmutables frente al movimiento propio de la vida.

Salvando las diferencias, los dos sistemas —el platónico y el aristotélico— dan lugar a una concepción de la vida, a la vez *estática* y *dual*, cosa que justifica la aparición de una clara oposición entre el hombre y la naturaleza, entre su cuerpo físico y su alma. Esta idea de separación entre “materia” y “espíritu” es incorporada al Cristianismo a través de la Filosofía Neoplatónica. Es así cómo el *dualismo* con que la nueva religión concibe el mundo hará insalvable la escisión entre el hombre y la Naturaleza, entre lo Individual y lo Universal. Por más que no desaliente los esfuerzos por superar ese conflicto, la filosofía escolástica, incluso en su más depurada construcción —la “síntesis” tomista Naturaleza-Gracia, razón-revelación— no deja de ser un sistema artificioso incapaz de acordar la fe cristiana y la filosofía de los antiguos.

No extraña pues que el mundo medieval considerara la Naturaleza como algo inferior, como algo creado por un Dios implacable para que el hombre, administrador y beneficiario pero no propietario de la heredad divina, la utilizase y se hiciera responsable de su mantenimiento, a la vez que, despreciando los placeres que el *mundo material* le brindaba, buscaba su salvación en el *mundo espiritual*.

A fines de la Edad Media emerge una nueva imagen del mundo que otorga menos importancia a Dios y al mundo celestial. Los nuevos pensadores parecen haber salvado la última barrera que separaba el “mundo sensible” y el “mundo inteligible”. Apoyados en el saber antiguo, **Kepler** y **Galileo** dan a la “Ciencia Natural Matemática” un nuevo sentido capaz, al parecer, de superar las contradicciones a que había llegado la Física aristotélico-escolástica.

La Naturaleza es una sola, pues uno sólo es también el conocimiento del Universo y una sola la matemática universal. Filosóficamente, el sistema cartesiano de **Descartes** ha resuelto el conflicto entre el “mundo inferior” y el “mundo superior” y el Universo Matemático, en su orden y medida, agota todo el conocimiento. Este sistema metafísico de la matemática universal ni que decir tiene que constituyó un innovador impulso para la Ciencia y fue imponiéndose paulatinamente en nuevos campos del conocimiento. Sin embargo, el sistema tropieza a medida que avanza con el dualismo de las substancias —extensa y pensante— que actúa limitadoramente sobre el monismo cartesiano. La matemática universal es incapaz de explicar el origen común de estas dos substancias y no queda entonces otra solución que la vía de la ontología medieval; vía que, dando por supuesta la validez de los conceptos matemáticos, deduce del “ser” de las ideas, el “ser de la realidad formal”.

He aquí pues cómo con el pensamiento cartesiano el “análisis” llega a su máxima expresión. Los hechos se *analizan* como si el método fuera incapaz de abarcar la realidad como un *todo*, por ende, las determinadas parcelas que se pretenden conocer se estudian sin relación a su duración, a la historia, pues, sobre el mundo de los cuerpos impera sin limitaciones el pensamiento matemático que, por definición, es *atemporal*, abstracción suprema que marca la separación absoluta y definitiva entre materia y espíritu.

El racionalismo clásico no se conformó con conquistar la Naturaleza, sino que se ma-

nifestó poseedor del *único* sistema natural con que interpretarla, siendo a partir de entonces el espíritu humano subsidiario del pensamiento matemático. Por más que las contradicciones inherentes al pensamiento cartesiano intentarán ser superadas por filósofos posteriores (Spinoza, Leibniz...) en general, esta manera de pensar ha llegado hasta nosotros con escasas modificaciones, y pervive en forma del "Método Científico".

No se trata aquí de entrar en consideraciones metodológicas acerca de cuáles han sido los pasos por los que se ha llegado a la elaboración y mantenimiento de un patrón o método que calificamos como "científico" y del que nos servimos para *demarcar* las actividades humanas en "científicas" y "no-científicas", según la *ajustabilidad* que presenten a dicho modelo. No se trata tampoco de profundizar en el análisis formal de las estructuras de los conceptos y teorías que se elaboran a partir de él y que constituyen la Ciencia; dejaremos esa "metaciencia" para los filósofos.

Sea como fuere todo lo anterior, lo cierto es que la Ciencia, nuestra ciencia moderna y "occidental", lleva consigo la hipótesis de que la experiencia debe ser interpretada y la conducta humana guiarse por la razón. El cientifismo considera pues que el pensamiento consciente, lógico, conduce *necesariamente* a la Verdad, olvidando que la verdad es siempre relativa y, en este caso, relativa a los instrumentos de experimentación, a los supuestos previos que le sirven de base. De ellos se extraen juicios de valor e interpretaciones de la realidad que no dejan de ser, mal que les pese, subjetivas y particulares.

Esta interpretación cientifista de los fenómenos es de una utilidad innegable sobre todo en el campo de la tecnología y ciencias derivadas (medicina, ingeniería...) pero resulta excesivo erigir este "método" en "el método" —exclusivo y excluyente— de conocimiento de la realidad, pues, si bien se manifiesta operante y parece descubrir la estructura de lo real, lo cierto es que ésta es sólo la que el conocimiento le atribuye en virtud de una arbitraria definición.

La aventura del pensamiento occidental se ha resumido en una especie de duelo a muerte entre las concepciones míticas del mundo y las científicas, con preferencia indudable de éstas sobre aquéllas. La revolución científica y tecnológica de este siglo es el acontecimiento central de nuestra civilización, y querer ignorarlo es cerrar los ojos a la evidencia. Sin embargo, plantear este cambio revolucionario en términos de valoraciones "optimistas" o "pesimistas" carece, simplemente, de sentido. La era de la segunda Revolución industrial se valió de la "euforia" para integrar al individuo, primero productor, en la órbita de la sociedad de consumo y derroche. El alucinógeno de turno fué la "fe" en el Progreso, concebido como un fenómeno absoluto, regido por unas leyes inmutables, predecibles experimentalmente en laboratorios. Y es precisamente "ésa" y no otra la idea que está en crisis. Para salvar el viejo paradigma se utiliza ahora la ideología del "pesimismo" como nueva forma de integración. Fomentar la incertidumbre, relativizar el futuro, mitificar el regreso a la naturaleza en su versión burguesa, conjurar a la *crisis* y contener en un espasmo expectante la acción, no son más que algunas de las estrategias del industrialismo. El individuo, transfuga urbanícola, vuelve en su huida la mirada hacia el "lejano Oriente"; es así cómo lo *exótico* acaba siendo *vulgar* y cómo las mal interpretadas "filosofías orientales" actúan de lenitivos mentales.

Puesto que al parecer el individuo occidental se siente atraído por todo lo "oriental", sea filosofía, alimentación, religión o *medicina*, en la medida en que ésto le sirve para

manifestar su disconformidad con lo establecido, poco se preocupa de profundizar en el auténtico significado de los valores de ese *otro* mundo. Así, de Oriente se vende y difunde una imagen estereotipada, afectada y ritualizada que viene a consolar el desencanto de la razón.

Resulta francamente simple comprender que no quisieramos enfrentar Oriente y Occidente sin antes explicar cómo esta oposición podía no ser más que otra versión poco original del mito del orientalismo al que hemos aludido. Es por ello que ya de entrada rechazamos la tesis al uso de presentar al mundo occidental bajo la imagen escatológica del "Imperio de la Tecnología y la Investigación Científica" que conducen inexorablemente a la deshumanización, y rechazamos paralelamente la mística del orientalismo como panacea universal; a estas alturas, proponer un nuevo becerro de oro sería poco menos que insultante.

En general, para hablar del "oriente" nos referiremos a los rasgos más sobresalientes de sus filosofías por lo que tienen de peculiar y "chocante" para nosotros y en ese sentido nos serviremos del caso de la Medicina para comprender lo que son, en el fondo, planteamientos sustancialmente distintos tanto del hombre como de la Naturaleza.

La elección de este tema queda justificada por el hecho de que la Medicina, en su lucha entablada contra la *enfermedad*, ha sido el terreno más idóneo para la experimentación de los presupuestos científicos y, su puesta en práctica mediante la tecnología, ha dado prontamente resultados espectaculares.

La mortalidad catastrófica que un día diezmará la población en épocas anteriores por causas exógenas —fiebres, epidemias, enfermedades contagiosas, infecciosas y parasitarias— desapareció y, desde entonces, resultó incontrovertible el interés por el desarrollo de los conocimientos técnicos y científicos que, a la vez que hacían *avanzar* a la Ciencia, permitían al hombre no sólo *liberarse* de la enfermedad sino también disipar la sombra de la muerte.

Puesto que una de las características fundamentales del conocimiento científico es la explicación causal de los fenómenos, la práctica médica no fue ajena a este imperativo y resulta lógico que una de las bases de la medicina actual sea la "etiología", es decir, el estudio *científico* de las causas de las enfermedades. Las otras dos bases son: la anatomía clínica y la fisiopatología. La primera, como resultaba evidente que ciertas enfermedades producían alteraciones en los sujetos (lesiones anatómicas) se interesó, hasta fines del s. XVIII, por la localización de los *síntomas* observables, pero en el s. XIX Bichat estableció como condición científica que los síntomas clínicos debían subordinarse a las lesiones anatómicas, de forma que, a base de la disección de cadáveres humanos, el diagnóstico no se basaba en los síntomas sino en los signos anatomopatológicos. Esta mentalidad, aunque constituye una de las más férreas bases de la medicina actual, fue ya reconsiderada por los fisiopatólogos a mediados del s. XIX, pues presentaba importantes limitaciones como la de ofrecer una visión *estática* de las enfermedades. Hay que agradecerle pues a la Fisiopatología la interpretación de las enfermedades como trastornos funcionales del organismo que se manifestaban bien como un proceso "energético", en cuyo caso correspondían a la Física los análisis experimentales pertinentes, bien como un proceso "material" del que entonces se ocupaba la Química.

No tardaron en elaborarse científicamente la Química y la Biología cuando ya se sir-

vieron de ellas las disciplinas al quíte. La farmacología aisló primero los principios químicos activos de los medicamentos naturales, principalmente de los vegetales, pero luego la mentalidad científica llevó lógicamente a la quimioterapia sintética que se propuso regular los trastornos funcionales y destruir los gérmenes causantes de enfermedades; así aparecieron los antibióticos.

Por más que parezca impensable concebir la Medicina de una manera distinta a nuestra Medicina Científica actual, lo cierto es que, desde la Prehistoria, en forma de creencias mágicas, religiosas u oscurantistas, todas las sociedades han llevado a cabo prácticas más o menos ingeniosas y afortunadas para curar la enfermedad. Las trepanaciones con que se barrenaban los cráneos allá por el Paleolítico; las alteraciones de los flujos orgánicos inspirados en los movimientos de las aguas del Nilo, entre los Egipcios; la hepatoscopia y la astrología de las culturas Mesopotámicas; el embrujamiento, el mal de ojo, los hechizos y conjuros medievales, y hasta el siglo XVIII la doctrina del magnetismo animal de Mesneer prueban sin duda que el pasado "fue" y que, afortunadamente, ya es Historia.

No obstante, en ese mismo pasado hallamos en Grecia el surgimiento de la medicina "racional" europea. Los escritos médicos más antiguos datan del 500 a.C. (fragmentos de **Alcmeón de Crotona**), sin embargo, la fuente primordial que se toma como inicio de la Medicina Científica es la "*Colección Hipocrática*" tradicionalmente atribuida a **Hipócrates de Cos**. La semilegendaria figura y toda su escuela postuló la "Unidad total" del hombre consigo mismo y con la Naturaleza, como queda manifiesto en el tratado "*De los aires, aguas y lugares*". Esa "Unidad" era a la vez "vital" (inseparable del medio social, físico y cósmico), "clínica" (se diagnostica acerca de un enfermo, no de una enfermedad), y "terapéutica" (son necesarias medidas de higiene, régimen y tratamiento adaptado a "cada" enfermo). La última unidad, la "terapéutica" comprendía la *Ley de los Contrarios*, la expectativa *Natura medicatrix* y la *Ley de los Semejantes*: "Similia similibus curantur".

A partir del siglo III a.C., la Grecia helenística contó con Alejandría, ciudad que se convirtió en el centro cultural, científico y médico más importante del mundo antiguo. Las investigaciones de **Herófilo** y **Erasistrato** sobre animales y cadáveres humanos impulsaron la anatomía y la "*Escuela Empírica*" de **Serapión** y **Glaucias** (III-II a.C) el desarrollo de la cirugía y el estudio de los medicamentos.

En el siglo I a.C las conquistas de Roma en el Mediterráneo oriental introdujeron en el nuevo Imperio el saber médico. **Asclépiades** fué el primer médico griego que se asentó en Roma (91 a.C) y como buen defensor del atomismo formuló una concepción mecánica del cuerpo humano y consideró las enfermedades como alteraciones de las partes sólidas. En el siglo I d.C destacaron **Dioscorides**, con su *Materia Médica*, utilizada hasta el siglo XVIII, y **Areteo**, también griego, quien insistió en el retorno a **Hipócrates** y a su observación minuciosa y objetiva del enfermo en particular.

Pero la aportación griega a la Medicina se cierra en el siglo II d.C con el esclavo liberto de Pérgamo, **Galeno**, quien, recogiendo la concepción estática y dual de la vida establecida como vimos por los sistemas de **Platón** y **Aristóteles**, optó por el determinismo aristotélico y su física mecanicista y conservó de **Hipócrates** únicamente su *Ley de Contrarios*.

El mundo árabe fué el núcleo fundamental del saber médico y científico durante una buena parte de la Edad Media. La traducción de las obras de **Galeno** consolidó el predo-

minio de este sistema en la Medicina Islámica y en la europea, que dependió varios siglos de ella; sólo el escéptico **Averroes** y su discípulo **Maimónides** (s. XII) siguieron la línea hipocrática. Cuando en 1258 Bagdad es destruída, ya Occidente está viviendo su propio retorno a las fuentes y se va forjando el Renacimiento. El siglo XVI fué un período transicional entre la Medicina Medieval y la Moderna; se tradujeron directamente las doctrinas clásicas pero sólo la Anatomía se separó de los esquemas antiguos. En este campo la declarada ruptura con la autoridad de **Galeno** está encabezada por **Andrea Vesalio**. Pero la vuelta a las concepciones hipocráticas y la única rebelión total contra la Medicina galénica vendrán de la mano del suizo **Theophrastus Bombast von Hohenheim** más conocido como **Paracelso**, quien se basó principalmente en la alquimia, de raíces clásicas y desarrollo islámico y medieval. La alquimia vivió siempre al margen de la Ciencia oficial, en la clandestinidad y si bien hubo una tendencia mística y alegórica que sólo practicaron los iniciados, hubo también una vertiente técnica a la que debemos progresos importantes como son las preparaciones de alcoholes, ácidos minerales y procesos de laboratorio (destilación, calcinación...) que contribuyeron al perfeccionamiento de la Farmacología.

La línea Galénica fué superada por la Medicina científica en el sentido de que abandonó la especulación y se reafirmó, por decirlo como el gran científico del s. XIX **Claude Bernard**, en el "razonamiento experimental". Sin embargo, la experimentación basada en la disección de órganos muertos; la investigación de laboratorio, preocupada por la enfermedad en abstracto, no por el enfermo; la mentalidad etiológica, que contribuyó a crear la microbiología y a desarrollar la quimioterapia, todo ello hizo pervivir la postura *analítica* de **Galeno**; sirvanos de ejemplo la práctica quirúrgica y su continuo hurgar, punzar, cortar, amputar y viviseccionar (como si en un sistema tan económico como es el orgánico existieran órganos inútiles) y, además, pervivió la *Ley de Contrarios*, como bien define el término *Alopático* con que se califica la Medicina oficial y como confirman los bombardos de *anti-* que pueden leerse en los prospectos medicamentosos: *antitérmico*, *antirreumático*, *antiespasmódico*, *antihemolítico*, *antitetánico*, *antialérgico*, *antibacteriano*, *antiinflamatorio*, *antimicótico*, *antidepresivo...* y un largo etcétera de otros no menos *antipáticos* términos.

En definitiva, resulta inexplicable, hasta cierto punto, que una Medicina como la Occidental que *ama* lo empírico llegue a contradicciones tan evidentes como en lo que a su práctica y el concepto de salud se refiere. Quisieramos pensar que parte de esta incongruencia se explica por un problema lingüístico, por un problema conceptual de cuál es el objeto de la Medicina. Se contestará que su objeto es restablecer la "salud", "curar"; está claro, ¡ni **Perogrullo** lo hubiera dicho mejor!, pero ¿ante quien es responsable la profesión médica?, parecería lógico suponer que ante sus *pacientes*, pero a la vista de los resultados parece que sólo lo sea ante la *Ciencia*. Alguien podría preguntarse a qué viene esta respuesta, pero está claro que con ella deseamos subrayar que la esencia de la Medicina es la curación, el reestablecimiento de la "salud", entendida ésta como el equilibrio que relaciona integralmente al hombre con la vida, y que esta finalidad no puede ser, aunque de hecho lo sea, soslayada ni pospuesta bajo ningún otro concepto por científico que sea.

Deudora de la sociedad industrial que la había entronizado, la Medicina asumió el papel que se le asignó, defendiendo —¿ante quién?— un pretendido carácter "aséptico" y

“objetivo” de la investigación científica. Así, reprodujo el concepto industrial del “hombre” a escala médica y, además de considerar el cuerpo de éste como una máquina, convirtió la salud en un nuevo bien de consumo por el que pagar. Así, los médicos, especializados y sub-especializados, se convirtieron en *técnicos del diagnóstico*, (cuando no en recetólogos), preocupados como estaban de clasificar, etiquetar y atacar las manifestaciones de la enfermedad, sus síntomas, jamás las “causas reales” (no las causas “científicas”, a saber, que se curan más diarreas instalando y saneando cloacas que recetando antidiarreicos). Atacar las causas reales hubiera implicado preguntarse por cuestiones como el ambiente, costumbres, hábitos, alimentación... por la forma de vida y eso, además de ilícito, era despreciado por el positivismo médico para quien lo no cuantificable, medible o reducible a una Ley (¿la del *absurdo* quizá?), era pseudocientífico e intrascendente.

Se cuenta que **Quirón**, el centauro de Sagitario, asesoraba a **Esculapio**, dios de la Medicina, en sus paseos. Se cuenta que, gracias a los acertados consejos de aquél, **Esculapio** aprendió a discernir sabiamente entre las plantas curativas y las mortíferas. Sucede, sin embargo, que no todos los humanos hemos tenido la suerte del dios y que abandonados — ¡oh infortunio! — en brazos de magos, hechiceros y brujos durante siglos, hemos padecido los efectos de la ignorancia más supina. La Medicina redentora ha venido a salvarnos de las enfermedades por las que moríamos y nos “ha adaptado” de tal forma a ellas que, hoy día, hemos conseguido convertirlas en enfermedades con las que vivimos, a saber, las crónicas.

Las enfermedades, aun cuando los remedios den el resultado esperado, reaparecen más tarde, y a veces más virulentamente, en forma de un nuevo cuadro clínico, de una nueva sintomatología, producida o agravada a menudo por los propios medicamentos; pero, ante síntomas nuevos, diagnósticos nuevos, enfermedades nuevas, objeto, por tanto, de otro especialista.

Basta la más somera mirada a las prácticas médicas orientales y a sus supuestos filosóficos para confirmar la existencia de otros mecanismos mentales que desbancan al pensamiento occidental de su pedestal. Al contrario de lo que sucede con nuestra Ciencia, la Ciencia Oriental —la Islámica, por ejemplo—, forma parte de la propia Filosofía, y es que, en general, es imposible entender cualquier tipo de saber médico oriental que no se halle estrechamente relacionado con la concepción Universal de la vida y la Naturaleza como un “todo” unitario, al estilo que hemos visto en la Filosofía Presocrática griega. Algunas pocas veces, los occidentales, mirones indiscretos, hemos atisbado tras la cortina de “bambú” y pretendido “racionalizar” y constreñir en nuestros esquemas científicos las técnicas médicas que eran práctica común en Oriente, dando por supuesto que eran sólo éso: “técnicas” sin prestar la más mínima atención a la filosofía que las sustentaban. Así la acupuntura china se interpretó como una “vistosa” y “florida” técnica anestésica, como una especie de *pentotal* chino, sin que nadie se preocupara por el *taoísmo*, único ámbito en el que la técnica tiene sentido. La salud, dentro de la filosofía taoísta, y en el pensamiento oriental por extensión, aparece bajo el aspecto de “energía”, de “equilibrio energético”, y no una energía concebida al estilo de la Física actual (*fuerza capaz de generar trabajo*), sino “energía” en el sentido de la más moderna Biología de Sistemas. *Energía* que se distribuye por todo el Universo y se manifiesta en el equilibrio entre los opuestos pero complementarios *Ying* y *Yang*. En el cuerpo del hombre unos 365 puntos pueden ser

interceptados abriendo o cerrando los canales, *chin*, por donde circula esa energía; en ese sentido, los "dermatomas", zonas cutáneas dolorosas, descubiertos por **Head**; el reflejo víscero de **Mac Kenzie**; o el punto renal de **Pasteau**, vienen a ser los hallazgos científicos Occidentales de algunos de estos puntos. Es así cómo el Universo Oriental no es algo estático, *positivo*, puzzle perfecto de una única realidad, regida y controlada por leyes fijas y fuerzas mensurables, sino, contrariamente, un mundo en constante crecimiento, expansión y destrucción; fluir incesante de fuerzas contrarias imposibles de controlar ni someter a fórmula matemática alguna, sólo comprensibles en la armonía de su propia contradicción: el *Tao*, la *Energía*.

De esa lucha constante entre contrarios, que nunca se resuelve, en la contradicción continua de los opuestos, nace la Dialéctica de la Naturaleza. "*Panta rei*", diría **Heráclito**, o "*la guerra es padre de todo*". El hombre oriental asume "vitalmente" el principio de la contradicción y su mente comprende el cambio, el movimiento y el ritmo de la vida. El occidental, en cambio, tiembla ante todo lo que no se concrete en una Ley, se defina "científicamente" o sea controlable y predecible en el futuro. Y es que el hombre occidental considera a la Naturaleza un medio hostil, fuente sin embargo de "riquezas" y, a sí mismo, se considera su dueño, capaz de dominarla, transformarla y destruirla.

El ejemplo de la Medicina nos ha servido para ilustrar los distintos planteamientos de base que a nivel de filosofía y ciencia separan Oriente de Occidente, tanto por su forma de concebir al hombre; en sí mismo, como en relación a la Naturaleza. Como ya reseñamos oportunamente, no se trataba de presentar un nuevo "Olimpo" politeísta presidido por los dioses orientales, renegando de los conocimientos científicos que la "diosa Ciencia" nos ha brindado y que tan útiles nos han sido. La fe ciega en los métodos "orientales", sin más sin la conveniente sanción científica, podría resultar como mínimo suicida. Imaginemos si no los resultados de la práctica fanática de un simple *masaje vertebral* practicada a un enfermo que padeciera una *metástasis ósea cancerígena*, desconocida por falta del conveniente examen clínico anatomopatológico previo.

Pero, en justicia, por pura *ética profesional*, a la que tanto se alude, no vayamos a emprender en nombre de la Ciencia una nueva cruzada; no vayamos a formar parte del Tribunal de la Inquisición para quien, arrojada la sospechosa al agua, era bruja si se hundía, y si no, por flotar, también. Cargada como está nuestra medicina oficial, con el peso de la "civilización" como *espada de Damocles* sobre su cabeza, bien podría darse un respiro y desde su lógico pensamiento científico someter todas las terapias extraoficiales (llamense *Acupuntura*, *Homeopatía*, "*Fito*" - "*Talaso*" - "*Músico*" - *terapia*, *Parartrea* o *Sofrología*) a una revisión "objetiva" para que del examen se aprovechara lo aprovechable, que no es poco, y se desestimara el resto. Eso y no la burla cerril es "hacer Ciencia". Muchas prácticas actuales de la Medicina oficial dejan bastante que desear; resultan caras y costosas a todos los niveles, sus efectos sobre el hombre son *supresivos*, lo que acaba produciendo *yatrogenias* y *enfermedades crónicas*; incluso el fantasma de la *Medicina Preventiva* no es más que un nuevo mito, falacia mortal. Llamándose "*preventiva*" no es sino una Medicina "*predictiva*", basada en el *diagnóstico precoz*, por el cuál nos convertimos en enfermos antes de tiempo, de forma que las auténticas respuestas de autodefensa del individuo son inhibidas ante el arsenal terapéutico que se moviliza. La auténtica *prevención* no está en los *chequeos médicos* cada 5 años, sino en la difusión cada 5 anun-

cios televisivos de los convenientes conocimientos sobre "Higiene" para educar a la población, para hacerla vivir más acorde con la fisiología y la Naturaleza; está claro, no obstante, que ésto contradice la forma de vida Occidental, consumista a ultranza, sus hábitos alimenticios y los ingresos de los laboratorios farmacéuticos, amén de otros no pocos intereses estatales. Salvar lo salvable de las técnicas *orientales*, si, por supuesto, pero *sanear* y *deshechar* lo indeseable de las *occidentales*.

La Medicina del siglo XX, quizá quepa esperararlo de la del siglo XXI, ha de convertirse en *Medicina Higiénica*, que reunifique los conceptos de la *Ciencia Médica*, conocimiento y curación de enfermedades, y la *Ciencia de la Higiene*, sobre la salud y su mantenimiento, que en tiempo de **Hipócrates** eran una sóla. Y es que, nosotros, *seres humanos*, que tenemos nuestra historia como el hecho más importante del mundo, que ambicionamos disfrutar de la vida en plenitud, nosotros, somos *algo más* que cifras estadísticas, fuerza de trabajo, soldados, pacientes o contribuyentes,... ¿personas?

Una Medicina *científica* significa una Medicina *para* el hombre, una medicina más *efectiva*, a saber, menos peligrosa, menos *yatrógena*, menos dolorosa, más barata y más *Higiénica*; y de todo eso mucho puede enseñarnos la *Medicina oriental*.

La *Medicina Higiénica* que se propone como alternativa no es ningún tipo de medicina *en particular*. Hablar por tanto, de Medicina Higiénica es referirse a una Medicina global, integral, cuya tarea sea "sanear", practicar la educación y deseducación ("deshabitación") de la población a nivel mental, corporal, sexual y *ecológico*. Hablar de *Medicina Higiénica* es hablar, en definitiva, de una Medicina *del* y *para* el hombre, en que el progreso científico se subordine al desarrollo *integral* del Ser humano.